

LOS ANTECEDENTES DEL NIHILISMO RUSO

Por LUIS PASAMAR

«Puedo entender el que los burgueses franceses lleven a cabo una revolución para conquistar ciertos derechos, pero me resulta difícil explicarme el que los nobles rusos hagan una revolución para perderlos.» Estas palabras, expresadas por el gobernador de Moscú refiriéndose a los sucesos de 1825, pasados a la historia con el nombre de «sublevación de los decembristas», revelan dos constantes que con ligeros matices se repetirán a lo largo de todo el siglo XIX ruso.

En efecto, una de esas constante, típicamente rusa, ha sido la presencia de elementos de la nobleza, hijos de familias acaudaladas, hombres de vasta cultura, en el origen de cenáculos radicales, círculos literarios y filosóficos y sus consecuentes agrupaciones de carácter político. Este movimiento de ideas se identifica con las aspiraciones de las vastas masas campesinas y ve en los infortunados siervos la única fuente de regeneración posible. Herzen, Ogarev, Stankevitch y Bakunin, por citar no más que a hombres de la llamada generación de los «años cuarenta», padres del liberalismo y del radicalismo, defendieron, pagando en ocasiones con años de presidio o destierro, la libertad del *mujik*, la de expresión y el derecho para todos a una mayor justicia.

La otra es la permanencia de lo social en los escritores y los publicistas, característica que se da incluso en autores cuyo aspecto más literario de sus obras no guarda una relación directa con la actividad política. La situación de la sociedad era tan degradante que el esteticismo es considerado una traición a los intereses del pueblo.

Críticos literarios, de gran sensibilidad artística, renuncian a su vocación para entregarse a una actividad reivindicativa, a la divulgación del pensamiento socialista y radical. A mediados de siglo, el criterio de lo utilitario gozaba de primacía sobre lo estético o lo moral: «Más vale un zapatero

que un Rafael de Urbino, porque el primero produce cosas útiles y lo que hace el segundo no sirve para nada», era una opinión hartó compartida. Años más tarde, Tolstoi defenderá con fuerza conceptos semejantes en su obra *¿Qué es el arte?*

Esa renuncia a las especulaciones estéticas, filosóficas o metafísicas en aras de una acción inmediata sobre el entorno social, no deja de guardar cierta similitud con la postura de Unamuno cuando manifiesta que no puede permitirse el lujo de ser un filólogo mientras la sociedad española tiene tareas mucho más urgentes a que atender.

* * *

La primera gran sacudida al quietismo despótico del zarismo le fue impuesta a Rusia por la artillería de Napoleón. Junto con los cañones, las tropas francesas traen consigo las ideas de la Revolución. La segunda, tras cuarenta años de paz, fue producida por la guerra de Crimea en la primavera de 1854. Este enfrentamiento bélico, impopular como todos los que sostuvo el gobierno del imperio en el transcurso del siglo XIX y comienzos del XX, produjo gran impacto en la opinión, y puso al descubierto la incompetencia y el atraso del régimen de Nicolás I. La nación no podía por más tiempo desatender los problemas internos y mirar con desprecio el desarrollo industrial en los países occidentales.

La fuerza de los acontecimientos sacudió el fatalismo y la inercia que durante siglos habían caracterizado a la sociedad agraria rusa. «El desencanto del pueblo, tras un momento de exaltación, produjo un deseo de cambio en todas las capas de la sociedad», escribe un diplomático alemán un año después de estallar la guerra. Con la muerte de Nicolás en 1855 y la conclusión de la paz en las primeras semanas de 1856, el Estado inicia una serie de reformas e inversiones financieras con el fin de incrementar el desarrollo de la industria y las vías de comunicación. Medidas que afectarán considerablemente a las estructuras sociales. Surge una clase de comerciantes y de empresarios que exigen mayor libertad de comercio, por un lado; por otro, la guerra ha dado origen a una clase que resulta difícil de encasillar —los *raznochintsy*—, o sea, personas que no pertenecen a una categoría determinada. Este grupo social, que en términos generales está compuesto de oficiales de grado inferior, negociantes, escritores, periodistas, hijos de sacerdotes o de médicos, y que topa con enormes dificultades para insertarse en la rígida estructura de clase de la sociedad zarista, se apoya en los elementos de la aristocracia que tratan de hallar en Occidente una respuesta a los problemas de su país. A esta clase pertenecen los publicistas, los pensa-

dores y novelistas que dieron expresión al nihilismo, los hombres de los «años sesenta», discípulos y luego encarnizados adversarios de la generación del cuarenta. Chernychevsky, Dobrolyubov, Pisarev y otros, serán sus más destacados representantes.

ANTECEDENTES FILOSOFICOS

En los años que median entre 1830 y 1840 se manifiesta en Rusia, particularmente en los salones de la aristocracia moscovita, una serie de pensadores que se sitúan al margen de la ideología eclesiástica, pensamiento oficial del sistema, y tratan de dar cuerpo a un humanismo estético que sirva de fundamento a una concepción global del mundo. La idea fuerza de ese movimiento se caracteriza por su empeño de secularización del pensamiento.

En su mayoría estos hombres han recibido una sólida educación universitaria impregnada de pensamiento teológico y están familiarizados con la filosofía alemana y francesa. Pese a su materialismo, siempre conservarán un trasfondo místico. Consideran a sus maestros, y como tales los veneran, a Schelling, a Fichte, y luego a Hegel, quien destronará por un tiempo a los dos anteriores y que durante años será ídolo insustituible para muchos.

El pensamiento occidental influyó decisivamente en la evolución de la «occidentalización» y del radicalismo político, pero esta evolución se verá sobre todo dominada y unificada por el humanismo estético. Siendo el motor de la secularización la edificación de un sistema «independiente» en el que prevalezca fundamentalmente la noción de justicia y de belleza.

Nicolás Stankevitch fue uno de esos nobles que animaron con su inteligencia y su palabra uno de esos círculos literarios, el más concurrido de Moscú, que pasará a la historia con su nombre.

Este joven y delicado ser, además de introducir la metafísica alemana en Rusia, ejerció gran influencia en sus contemporáneos. Stankevitch, al igual que el joven Bakunin, al que le une una entrañable amistad, se interesa poco por la política, pero sus ideas filosóficas son un fiel reflejo del pensamiento hegeliano. «Cada vez estoy más convencido —escribió— de que la esfera del Estado es la única salvación posible contra los sobresaltos subjetivos, y de que el hombre encuentra en él la base sobre la que apoyarse... Todo cuanto Hegel dice contra las peroratas banales a favor de la libertad, es juicio e irrefutable.»

A los jóvenes hegelianos rusos lo que les fascinaba era la filosofía de la historia tal como ésta se presenta a través de la filosofía de la religión y la del Derecho. E hicieron suya la famosa fórmula hegeliana «todo lo real es racional y todo lo racional es real», pensamiento que les revelaba una

interpretación de su propia historia, pero además una justificación del Estado zarista. Si éste tiene una realidad es porque cumple una misión histórica. Bakunin, que en parte había iniciado al propio Stankevitch a la filosofía de Hegel, durante mucho tiempo compartió esa fórmula, pero pronto la abandonaría. Existen datos suficientes para opinar que Stankevitch también hubiera evolucionado hacia posturas de izquierda de haber vivido unos años más —murió a los veintisiete—, en plena fase de gestación intelectual.

Su pensamiento, que en gran parte se halla diseminado en las extensas misivas que enviaba a sus amigos, mereció palabras de elogio de León Tolstoi: «¿Has leído la correspondencia de Stankevitch? —comenta en carta a un amigo el autor de *Resurrección*—. ¡Dios mío, qué hermosura! He aquí el hombre al que amaría como a mí mismo! ¿Me creerás si te digo que tengo los ojos empañados en lágrimas? Acabo de terminar el libro y no logro pensar en otra cosa. ¡Qué pureza! ¡Qué ternura! ¡Qué amor el suyo!» Y Turgueniev, que también recibió el influjo de su personalidad, dirá de él: «Era un genio.»

La generación del cuarenta se mantuvo siempre en el campo de la filosofía y de la estética, y no se decidió a cruzar el umbral que separa el pensamiento teórico de la acción política. Cuantos pasos se dieron en este sentido, y no fueron muchos, se vieron duramente reprimidos. Herzen, algo mayor que los asiduos concurrentes del círculo Stankevitch, sería de los primeros pensadores en orientar su actividad intelectual hacia planteos de tipo político y de oposición directa al sistema. Por lo demás, se enfrentó a los jóvenes hegelianos de derecha, y desde Londres, ciudad en la que se publicó el primer periódico de oposición al zarismo, nos referimos a la *Campana* (Kolokol), durante años es el paladín del pensamiento radical y socialista.

Herzen nos ha dejado en sus *Memorias* un cuadro harto fiel y revelador de aquellos círculos literarios. «De los jóvenes que antaño se reunían en casa de Ogarev, sólo figuran dos de nuestros amigos en el nuevo círculo. Todo ha cambiado; los intereses, el estilo y las ocupaciones. Los amigos de Stankevitch se hallan en primera fila y están a la cabeza Bakunin y Bielinsky, cada uno con un tomo de la filosofía de Hegel en la mano, y están animados por esa impaciencia juvenil sin la cual no se dan las convicciones profundas.» Herzen sintió en los jóvenes que ellos eran el presente y que él representaba el pasado. Reproche que por otra parte le harían los nihilistas de la década del sesenta. La intransigencia y el fanatismo con el que pretenden imponerle el pensamiento de Hegel, hieren en lo más profundo a ese aristócrata del alma que siempre fue Herzen. Y como ya ha sufrido en carne propia la represión del zarismo— acaba de cumplir varios años de destierro en Siberia—, rechaza el aforismo hegeliano de que lo racional sea real.

«...—¿Sabéis a qué os puede llevar vuestra forma de razonar? Se puede llegar a probar que el monstruoso despotismo bajo el cual vivimos es totalmente racional y tiene que existir.»

—«Esto es innegable, me respondió Bielinsky», concluye Herzen.

A raíz de estas polémicas reseñadas por Herzen, las convicciones filosóficas de Bielinsky y de Bakunin recibieron una profunda sacudida. A la vuelta de unos años el padre del anarquismo ruso abandonaría la dialéctica hegeliana y bajo la influencia del socialismo alemán primero y del francés después, adoptaría una posición socialista y libertaria. Bielinsky sufrió una profunda crisis espiritual y declaró poco antes de morir que sólo lo social importaba. Abandonó la crítica literaria, campo en el que había realizado una labor de primera magnitud, para dedicarse a la divulgación del pensamiento radical.

EL NIHILISMO

En la década del cincuenta aparece en la escena de la vida rusa el fenómeno nihilista, que con harta frecuencia se ha confundido en Occidente con el terrorismo individual. Los nihilistas eran enemigos de la violencia, y más que una ideología de tipo político, el nihilismo era una moral, una visión del mundo y del hombre, cuyo presupuesto fundamental era la defensa del individuo, libre e independiente, y un rechazo a todos los valores de la sociedad establecida.

En términos generales, los adversarios de la izquierda hegeliana en Alemania utilizaban frecuentemente esta expresión para estigmatizar invariablemente las tendencias de Feuerbach y de Bauer. Entre los miembros del llamado grupo de los *hombres libres*, el uso de este vocablo era frecuente. Stirner presenta en exergo de su obra *El único y su propiedad*: «He basado mi causa en nada.» Y en una obra publicada en Alemania en 1853, intitulada *Die Nihilisten*, se refiere a los «feuerbachianos».

En Alemania y en Francia la expresión nihilista guardaba un contenido con nadismo o negación total, y por nihilista se designaba a una persona que no cree en nada. En Rusia la palabra fue primero utilizada por la crítica literaria y designaba a los escritores considerados nullos. Pero todos estos antecedentes pronto fueron olvidados cuando Turgueniev puso de moda esta voz en su novela *Padres e hijos*, publicada en 1861, y en la que su principal protagonista, Bazarov, se define a sí mismo como nihilista.

Bazarov es el individuo que tiene un agudo espíritu crítico. Es un hombre que no se inclina ante ninguna autoridad, que todo lo analiza bajo una óptica crítica y que no acepta ningún principio sin previo examen, por enrai-

zado que esté en las costumbres. El nihilista es naturalista y cientifista, partidario de los materialistas alemanes Vogt, Moleschott y, sobre todo, de Buechner, cuya obra *Fuerza y materia* era su libro de cabecera. Sin embargo, Bazarov cree en la ciencia en general tan poco como en el arte o en cualquier otra cosa. «Hay ciencias como hay profesiones, oficios.» En oposición a los hombres de la generación anterior, el protagonista de Turgueniev es un antirromántico por excelencia. «Lo que cuenta es saber cuánto hacen dos y dos, lo demás es puro cuento.» Bazarov es de origen casi plebeyo y tiene muy desarrollada la conciencia de clase, pero es individualista, un egoísta que en el fondo desconfía del pueblo, del *mujik*. Es hostil a la nobleza, pero no se hace muchas ilusiones en cuanto a las virtudes ciudadanas de los campesinos. «La libertad de los siervos en sí, de la que tanto se ocupa el Gobierno, tal vez no dé nada bueno, porque nuestros campesinos están dispuestos a robarse a sí mismos para ir a los cabarets y emborracharse.»

Pese a sus simpatías por el movimiento nihilista, Turgueniev no logró reflejar en esta obra el verdadero espíritu de esta corriente, y tras la publicación de *Padres e hijos* sostuvo una ruda polémica con sus más destacados representantes. El que inmortalizó a esa generación de jóvenes que rompían con las convenciones y rehusaban sus privilegios de clase, en aras de una identificación con el pueblo, se vio censurado por aquellos a quienes pretendía defender.

«El nihilismo fue una lucha por la emancipación de los hombres inteligentes sometidos a durísimo yugo, y esta lucha coincidió con la manumisión de los trabajadores esclavizados por los patronos», escribe Stepniak en *La Rusia subterránea*. El principio esencial del nihilismo fue el individualismo más absoluto. Equivalía a la negación en nombre de la libertad individual de todas las obligaciones impuestas por la sociedad, la religión y la familia. Fue una reacción apasionada, no sólo contra el despotismo político, sino contra la opresión moral que pesa sobre la vida íntima y privada del individuo.

El nihilismo, corriente de pensamiento esencialmente pacifista, guarda en muchos de sus aspectos una gran semejanza con el hippismo y con los actuales movimientos de liberación feminista. Sostenía la igualdad del hombre y de la mujer y concedía a ésta los mismos derechos que a los primeros. Las muchachas adoptaron formas de vestir masculinas, eran partidarias del amor libre, se oponían a los lazos del matrimonio, abandonaron el rol de la esposa tradicional, de ama de casa sumisa, y conquistaron, ya en aquel entonces, un trato de igualdad con los hombres.

En el trasfondo del nihilismo late una moral cristiana ascética, estoica, y un gran amor al prójimo. Soloviev caracterizó con cierto sarcasmo a los

nihilistas con su salida de tono: «El silogismo de los nihilistas rusos es: el hombre viene del mono, por consiguiente, amémonos los unos a los otros.» Para Berdaiev, el nihilismo ruso es la «forma radical» que adquirió en Rusia la divulgación de la cultura. Fue un momento «dialéctico en el desarrollo del alma rusa», de la conciencia rusa, nos dice este autor. Nada había en el nihilismo de refinado, sino todo lo contrario. El nihilismo rechaza las exquisiteces de la cultura. Los hombres de esta generación, los exponentes más destacados de esta corriente, Dobroliubov, Chernychevsky, Pisarev, fueron todos propagadores de un nuevo tipo de cultura popular, una cultura que tendía a liberar al hombre ruso de su estado de miseria, de postración en el que se hallaba. En estos escritores, polemistas intransigentes e inflexibles, el horror por la mentira y el afán de sinceridad eran consustanciales. Chernychevsky, que durante más de veinticinco años estuvo preso y deportado en Siberia, escribió en cautiverio novelas, cuyo tema central es el amor, y las cartas que durante ese largo periodo envió a su esposa y a sus amigos revelan a un ser de una honestidad intelectual y de una moral intachables.

Su libro *¿Qué hacer?* pertenece al género de las novelas utópicas. Su protagonista, una joven que se niega a prostituirse o a casarse por interés, como le ordena su propia madre, ve en los talleres cooperativas la realización del ideal socialista. Pese a su falta de talento literario, *¿Qué hacer?* expresa una gran fuerza moral, y de algún modo supera en expresividad a *Padres e hijos*.

Chernychevsky expone en este libro su teoría del amor libre y la de la negación de los celos, reflejo de un profundo sentimiento posesivo. Opiniones que serían el blanco de la crítica de la derecha, quien le condenaba en nombre de una moral social, «mientras que en su vida privada —escribe Berdaiev— esta clase se entregaba a la licencia sexual y al hedonismo en todas sus manifestaciones».

«Sólo las ciencias naturales y matemáticas tienen el derecho a llamarse ciencias», escribe Pisarev, considerado como el máximo exponente del pensamiento nihilista. Generalizando sus conceptos dirá en otro lugar: «Perecen las palabras y las ilusiones y permanecen los hechos.» El conocimiento de los hechos, el empirismo puro, esto es lo más útil para la «personalidad crítica y consciente». Para este pensador, el análisis de los fenómenos y no las especulaciones filosóficas abstractas forman la inteligencia.

Desde las páginas de su revista, *Russkoe Slovo*, Pisarev escribe: «El objeto de toda nuestra reflexión y de la actividad de cada hombre honesto consiste, en definitiva, en esto: resolver para siempre el problema urgente de los hombres que tienen frío y padecen hambre; al margen de esta cuestión no hay estrictamente nada que valga la pena de ser meditado, discutido o defendido»; bajo esta forma abrupta, este pensamiento del nihilista Pisarev

«se asemeja más a los Evangelios que los sueños de hegemonía estatal de los imperialistas, por ortodoxos que éstos sean», opina Berdaiev.

La preocupación de los temas sociales está siempre presente en la obra de Pisarev, pero también se manifiesta una defensa de la persona, del individuo, y la emancipación intelectual. Su reflexión, a diferencia de Chernychevsky, parte del individuo y se centra constantemente en la defensa de la libertad individual.

El círculo de lectores, de personas que se preocupan por los problemas sociales, era superior al de los años de 1840. Pero ni el estilo de vida, ni la agresividad literaria, o el movimiento hacia el pueblo que se produce en los años 1870, hijo éste del nihilismo, ha logrado alterar las sólidas bases del zarismo. La nobleza del cuarenta fue culta, estetizante, humanista y tolerante. Los hijos de la pequeña burguesía liberal, los desclasados de la década del sesenta son antirrománticos, materialistas, intransigentes, combativos. La generación siguiente, a la que se incorporan elementos de origen proletario, iniciará la acción terrorista. Tres generaciones que tal vez, es una hipótesis, sus posturas ideológicas han sido condicionadas por un origen de clase.

«El nihilismo busca a cualquier precio la felicidad para sí y dirige sus ideales a la vida racional y realista —escribe Stepniak—. El revolucionario trabaja para la felicidad ajena y le sacrifica la propia. Su ideal es una vida de padecimientos coronada por una muerte heroica.»

Ironía de la historia, los segundos han pasado, en Occidente, a la posteridad, con el nombre de los primeros. Y la asociación de nihilistas con el terrorismo se ha convertido en sinónimo difícil de erradicar en los países de Europa.